

Miguel Sanz, *Breve noticia de la vida del excelentísimo señor don Jorge Juan y Santacilia reducida a los hechos de sus Comisiones, Obras y Virtudes, que a instancia de sus Apasionados, presenta al Público su Secretario D. Miguel Sanz, Oficial segundo de la Contaduría principal de Marina*

ARMANDO ALBEROLA ROMÁ Y ROSARIO DIE MACULET

Estudio preliminar, edición y notas
Universidad de Alicante, 2013, 234 pp.

No es la primera vez que A. Alberola Romá y R. Die Maculet se acercan a la interesante figura de Jorge Juan, este alicantino nacido en Novelda en 1713 cuya proyección internacional es preciso destacar. Ambos lo han hecho en numerosos trabajos tanto comunes como individuales. En esta ocasión les han movido dos pretextos; uno, la publicación de *Breve noticia* de Miguel Sanz y, otro, la celebración del bicentenario de su nacimiento, en torno al que se han previsto algunos actos en su memoria. Unen así la admiración que despertó su figura en la España del dieciocho con el no menos respetuoso recuerdo que guarda la memoria colectiva doscientos años después. Y lo hacen con un riguroso estudio preliminar.

Jorge Juan fue un científico apasionado por su trabajo al que se dedicó por entero sirviendo a la corona y al país. Aparte de las necrológicas aparecidas en la prensa del momento, Miguel Sanz, su fiel secretario, dio a luz ya en 1773 una *Breve noticia* con la semblanza del hombre recientemente fallecido tras pasar sus últimos años de vida con una salud quebrada, debido, en buena parte, a su total entrega al trabajo. La fidelidad de Sanz por su jefe fue total, encargándose también del cumplimiento de la voluntad testamentaria que llevó bien en su relación con la familia de Jorge Juan y con algunos recelos por parte de los mandos que le habían ordenado ejecutarla, costándole algunos sinsabores en sus posteriores ascensos militares.

Veinticinco años antes de esta *Breve noticia*, el jesuita Andrés Marcos Burriel se había interesado por su persona cuando leía y corregía *Observaciones Astronómicas y Físicas*. La obra tuvo algunos problemas inquisitoriales, superados, en parte, a los buenos oficios del padre Burriel y de don Gregorio Mayans. La admiración que despertó Jorge Juan en el jesuita fue el acicate que le animó a escribir los rasgos biográficos del personaje. Así se lo comentaba a don Gregorio Mayans (11-2-1747) quien no tardó en enviarle *Escritores valencianos* del padre Ximeno. Hecho que facilitó una fructífera correspondencia entre ambos. Burriel sugirió a Ximeno incluir una referencia bibliográfica de Jorge Juan en el volumen segundo de la obra, idea que recogió Ximeno, rogándole que se encargase él mismo de escribirla. Pero la tarea no

resultó fácil. Para el jesuita el problema no era hacerla, sino conseguir los datos biográficos a los que el marino alicantino era reacio a proporcionarlos. Finalmente cedió, aunque las relaciones entre ambos no corrieron por los cauces de la cordialidad debido a ciertas susceptibilidades creadas en torno a los trabajos, recomendaciones y amistades. A Burriel le molestó la actitud algo distante e ingrata de Jorge Juan.

Más allá de los rasgos biográficos aportados por el jesuita, A. Alberola y R. Die se centran en la *Breve noticia* de Sanz, concebida ante todo como una semblanza elogiosa a la brillante carrera del marino acompañada de la reedición de *Observaciones astronómicas* con la inclusión del *Estado de la Astronomía en Europa* que defendía el sistema copernicano. La *Breve noticia*, de la que escribió dos copias distintas, constituye un testimonio imprescindible para acercarse a la figura de Jorge Juan, porque recorre de forma minuciosa su trayectoria tanto vital como científica al servicio de la monarquía. Describe, en primer lugar, su personalidad con sus virtudes —omitiendo los defectos—, entre las que destaca la rectitud, la modestia, la capacidad de trabajo, amor al estudio frente a estériles divertimentos, a la justicia, a la verdad y a la patria, carácter insobornable e inquebrantable lealtad a sus amigos, desprendimiento y frugalidad en el comer y en el beber, tal vez de acuerdo con sus votos de obediencia, pobreza y castidad como miembro de la Orden de Malta. Un perfil del hombre que, como se puede observar, raya lo sublime y no parece que sea objetivo en su totalidad, como tampoco metódico ni clarificador al dejar en el tintero datos y personajes relacionados con él —Burriel, su primer biógrafo, Ensenada, su protector, cuya caída y destierro le afectó—. Por ello se centró más en los rasgos militares que en los científicos a los que dedicó menos atención, siendo, como fueron, la parte esencial de su trayectoria vital y profesional. Porque como a técnico y científico se le encomendaron tareas de índole diversa en las que dejó su sello modernizador y amante del trabajo bien hecho. Un buen ejemplo será su reforma de los estudios de la Academia de Guardias Marinas de Cádiz compatibilizando teoría y práctica con la ayuda de un competente profesorado y la creación de un Observatorio Astronómico.

Sus encargos fuera en América, Cartagena, Cádiz, El Ferrol o Almadén, le mantuvieron en constante actividad. Con razón escribía a su hermana Margarita —cuyo epistolario publicaron los autores en 2002—: «Que he nacido para peregrino, pues aún no he llegado que me mandan y ya quisieran que estuviera fuera». Su presencia parecía necesaria allí donde surgía algún problema técnico. Viajes que le impedían asentar su residencia y trabajar con calma. Y a causa de los viajes y del trabajo que realizaba con celo, su salud se resintió en varias ocasiones obligándole a tomar las aguas, fuera en Busot o en Trillo. Y tras la recuperación, el trabajo. Cuando ya tenía aprobada su residencia definitiva en Madrid, a finales de 1766 era nombrado embajador en Marruecos y de regreso de su actividad diplomática en 1770 se le encomendaba la dirección del Seminario de Nobles de Madrid en un momento de decadencia de la institución que logró restablecer.

Jorge Juan fue todo un carácter que, con sus aspectos positivos y negativos, virtudes y defectos, se mantuvo al margen de las corruptelas propias de los cargos e influencias. Su valía profesional le mereció elogios y atenciones tanto a lo largo de su vida como tras su muerte acaecida el 21 de junio de 1773. De ella se hizo eco la prensa contemporánea, y el matemático Benito Bails en *Elogio del jefe de Escuadra D. Jorge Juan y Santacilia* le describía como un hombre «de estatura y corpulencia medianas, de semblante agradable y apacible, aseado sin afectación en su persona y su casa, parco en el comer, el igual de sus subalternos, el amigo de sus criados y por decirlo todo en menos palabras, sus costumbres fueron las de un filósofo cristiano [...]». Y no fue el único en alabar la personalidad del marino de Novelda, otros glorificaron su figura de hombre servidor de la patria y de la monarquía, de cristiano tolerante y abierto a la ciencia que, lejos de temerla por obtusas limitaciones religiosas, la defendía viendo en el método de observación y experimentación el camino para modernizar el país y cambiar su mentalidad. Y eso en aquella España ilustrada hecha a retazos era mucho. Porque él fue una de la figuras más importantes de la ciencia de este siglo llamado Ilustrado, un espejo donde mirarse doscientos años después.

La biografía completa de Jorge Juan está por hacer, pero el trabajo realizado por Armando Alberola y Rosario Die, que nos parece excelente por su rigurosidad y ágil pluma, sienta unas sólidas bases para su continuación y feliz éxito. Y seguro que lo veremos, teniendo en cuenta los diversos estudios que han realizado sobre el personaje.

Vicente León Navarro

Las varillas de Napier en China. Giacomo Rho, S.J. (1592-1638) y su trabajo como matemático y astrónomo en Beijing

JOSÉ ANTONIO CERVERA

El Colegio de México, México D.F., 2011, 375 pp.

ISBN: 978-607-462-335-2

Español de origen pero radicado en México desde hace años, José Antonio Cervera ha dedicado buena parte de su trabajo científico y académico al estudio del papel que jugaron las distintas órdenes religiosas en las relaciones científicas que se dieron entre Asia y Europa durante la Edad Moderna. El libro que ahora nos ocupa, *Las varillas de Napier en China*, es un ejemplo de ello. En este texto el estudio del *Chou Suan*, adaptación de la *Rabdología* de Napier al chino, sirve como excusa para adentrarnos en uno de los episodios más interesantes de la historia de las relaciones sinoeuropeas: la llegada de los jesuitas a China y su papel como introductores de las matemáticas y la astronomía occidentales en el Imperio Celeste.